

---

# EL PORVENIR DEL SOCIALISMO

---

## Salvador Giner

---

*análisis y debate*

---



1

### *La utopía socialista*

El socialismo no existe. Hasta ahora sólo tenemos de él, ensayos, conatos e inicios aislados: cooperativas, comunas, consejos obreros, ciertas empresas públicas y algunos esfuerzos de representación política democrática y de justicia distributiva que van ligados a él. Tales esfuerzos no merecen el desdén de aquel peligroso espíritu totalitario que repudia lo parcial e ignora cuanto atañe al universo entero. No obstante, quedan empequeñecidos por circunstancias de mucha monta: la tergiversación misma del socialismo por parte de las dictaduras que usan su nombre en vano, y la permanencia del capitalismo con su sociedad clasista y cada vez más corporatizada.

El modo de existencia del socialismo, hoy, es el de una utopía activa, singularmente reacia al desgaste a pesar del largo tiempo transcurrido desde su invención. Ello es muy

notable, pues, en contraste con otras utopías, la socialista ha prometido, desde el principio, resultados tangibles y ha eludido la transposición ultraterrena de sus promesas. (Naturalmente, existe una versión trascendentalista y cuasi religiosa del socialismo como senda sencilla y rápida hacia el Edén, de gran importancia histórica, pero puede ser ignorada en este lugar.) Suele ser cuando se prometen resultados tangibles y éstos no se materializan cuando se van a pique los proyectos utópicos, a menos que la sublimación ultraterrena venga al rescate de la utopía, abierta o encubiertamente religiosa. No es ese el caso del socialismo, anclado en la seguridad, y, por ello, sorprende que haya resistido con tanta fortuna los embates de sus propios fracasos. Por lo tanto la utopía socialista merece la mayor atención analítica.

¿Qué es el socialismo? ¿Es posible evitar la variedad de concepciones que de él se tienen? Ambas preguntas son de respuesta difícil. Para librarme de quedar varado en el arrecife de los conceptos perennemente disputados, daré mi propia definición y la referiré a la situación ideal —utópica, si se quiere— y no a cualquier forma práctica e inmediata de socialismo, aunque sea de sus posibilidades reales de las que me propongo hablar luego. Mi definición elude la distinción habitual entre comunismo y socialismo, a fin de simplificar. Funde ambos conceptos en uno solo a sabiendas de los riesgos que ello comporta. A mi entender, el socialismo es la creación de la vida social en comunidad de bienes y en libre heterogeneidad de intenciones. Una acepción paralela, y quizá más realista, es la que lo define como esfuerzo común y consciente hacia el logro de esa situación.

Esto significa, por lo pronto, lo siguiente:

A) Según el socialismo, la mayor parte de los bienes sociales ha de ser común. Ello entraña la desapropiación de aquellos recursos que generan privilegio, prerrogativas, poder y explotación entre los seres humanos. Tal desproporción debe afectar tanto a los individuos como a instituciones y clases sociales. En su virtud, estas últimas desaparecen. (Se entiende que la usurpación de bienes comunes no sólo la puede ejercer un individuo o grupo, sino también una clase, partido político o Estado.) Entre los bienes sociales no sólo se incluyen los recursos naturales sino también el conocimiento, la información y aquellos símbolos colectivos cuyo control y manipulación puede dar lugar a la dominación. La creación común de la vida social se compone tanto de su producción como del gozo solidario de sus resultados.

B) La libre heterogeneidad de intenciones implica el respeto a la variedad de disposiciones y capacidades de los hombres en el ejercicio de su albedrío. El orden socialista es antagónico a aquella heterogeneidad que proviene del reparto de la riqueza entre ricos y pobres y que nos separa entre poderosos y humildes. Mas ello no significa que tal orden ignore la diversidad interna de la raza humana según las cualidades distintas e irrepetibles de sus miembros. Este es un hecho bruto del cual parte el socialismo al igual que lo hace de la noción de bienes comunes. El socialismo es el orden de la justa diferenciación, no el de la homogeneización forzada de hombres distintos.

Cualquiera que posea un mínimo de escepticismo acerca de las tendencias innatas de la naturaleza humana detectará una contradicción entre los componentes (A y B) de la definición. A tales personas no les costaría concluir que, a la larga, la heterogeneidad de intenciones ha de prevalecer sobre la igualdad que exige el orden socialista, recreando clases sociales, oligarquías y demás modos de dominación. El problema es serio y no vale escamotear sus dificultades. Estas son tanto de orden filosófico como de orden práctico. Las primeras nos conducirían a establecer la naturaleza del hombre en cuanto a su capacidad de habitar de manera duradera un mundo socialista sin desvirtuarlo. Las segundas son de estrategia, y se refieren al modo de educar y socializar —en ambos sentidos de la

palabra— a las gentes para que triunfe permanentemente ese mundo. No creo poder dar una respuesta satisfactoria a ninguna de ambas cuestiones pero, por lo menos, me propongo pergeñar algunas ideas relacionadas con ellas, que quizá ayuden a esclarecerlas un tanto. Lo que no haré, claro está, es escamotear el reconocimiento que hay, si no total contradicción, por lo menos tensión potencial congénita entre ambos términos. El socialismo —tanto si se concibe como esfuerzo o movimiento, como si es entendido como un orden establecido— no está libre de valores conflictivos entre sí. Partamos, en su estudio, de la trivial verdad de que toda vida social entraña liza y confrontación en la misma medida en que pueda entrañar paz e integración.

El socialismo es, por definición, un modo comunitario de convivencia cuya propia naturaleza imposibilita la creación de coaliciones e instituciones de dominación al tiempo que fomenta y permite el albedrío de las gentes en aquellas actividades que no usurpen los derechos autogestionarios de la ciudadanía. Su estructura es también la estructura de la libertad <sup>1</sup>.

### *La tergiversación liberal del socialismo*

Como parece evidente, todo esto es programático. Es parte de un proyecto, de algo digno de ser realizado y, posiblemente, en gran manera realizable. Pero esta visión tiene sus enemigos. Vale la pena tenerlos en cuenta.

Descartamos aquéllos que no están nunca dispuestos a argüir ni a atender razones para ellos desagradables. Nos quedaremos con los teóricos liberales, los únicos que están en posesión de una utopía rival de envergadura parecida. Aunque la utopía liberal no se haya realizado jamás —a menos que en ella incluyamos la sociedad clasista— y sea irrealizable, salvo, quizá, en el terreno de la legalidad constitucional, ello no obsta para que los ataques liberales contra la socialista puedan ignorarse. Sin rebatirlos aquí, conviene, sin embargo, subrayar que esos ataques parten de una incompreensión sistemática de los fines del socialismo. Este es invariablemente descrito como un universo tiránico, dominado por la colectivización forzosa, y por una visión fanática de cómo debe ser el mundo: a esa visión deben doblegarse y sacrificarse los hombres. Esta penosa caricatura del socialismo es presentada una y otra vez por muchas de las mejores mentes filosóficas del liberalismo. Sería interesante averiguar, no ya sólo desde la perspectiva de la sociología del conocimiento sino, quizá, también desde la patología, qué es lo que alimenta esta persistente actitud. A mi juicio, socialistas son solamente quienes intentan poner en práctica las ideas contenidas en la definición que acabo de dar, las cuales son incompatibles de raíz con la reglamentación forzada a que aluden los liberales. Lo que ocurre es que los socialistas son gentes que proponen una visión alternativa, crítica, del orden presente, en nombre de una visión terrena de la Vida Buena y justa, una visión utópica. Toda visión de la Vida Buena desde Platón —blanco frecuente de la ira liberal— rompe con los hábitos empiristas, escepticos y conservadores de todo liberal tradicional, y le ha de resultar esencialmente antipática <sup>2</sup>.

Por fortuna, hay analistas liberales muy señalados cuya visión del socialismo es mucho menos tergiversada. (Curiosamente, su versión es también la misma de muchos que a sí mismos se llaman socialistas.) Basta el ejemplo de Schumpeter, que parece paradigmático. Para él la sociedad socialista es un orden institucional en el que el control de los medios de producción reside en una autoridad central, de índole pública. Para Schumpeter el verdadero socialismo es el Socialismo Centralista y el criterio del control público de la vida económica es mucho más importante que las cuestiones de si es o no *comunista*, *co-*

*lectivista* o de otro género. En la visión de este crítico del socialismo, éste no entraña una reforma económica sino, ante todo, el surgimiento de todo un nuevo universo cultural. Cree Schumpeter que son los mismos socialistas los que degradan su credo cuando hacen hincapié en cuestiones puramente materiales, como es la del reparto del pan o la del aumento del nivel de vida.

No obstante, según Schumpeter, lo que caracteriza al socialismo es su Indeterminación Cultural, es decir la doble posibilidad de que su desarrollo conduzca hacia el dominio de la sociedad bajo un déspota absoluto o que alcance un estadio altamente democrático: que sea belicoso o pacífico; igualitario o anti-igualitario; individualista o colectivista. Esta concepción<sup>3</sup>, a mi entender, está en una cierta contradicción con la de la imposición de un nuevo universo cultural —con la que estoy de acuerdo— pero muestra una apertura y comprensión muy poco comunes entre las filas de los enemigos del socialismo. Precisamente por ello, es revelador que Schumpeter defina el Socialismo de un modo diametralmente opuesto al de la definición con la que he abierto estas reflexiones: como sistema gerencial público y centralizado dependiente de una autoridad suprema. Y por ello debemos preguntarnos cómo podrá afirmar el gran economista que, según su visión, «el socialismo y el individualismo no son necesariamente contrarios, por muy paradójico que ello suene». En sus términos, me parece, por fuerza deben serlo, aunque no así en los míos.

Mas, como digo, la actitud schumpeteriana, que concede el beneficio de la duda al socialismo, y que acepta una ambigüedad radical en la noción —su indeterminación moral, que él llama cultural— no es la normal entre sus antagonistas. Para éstos, rehenes como son de su pro-capitalismo ideológico, la utopía socialista no puede ser lo que es, es decir, congénitamente abierta y democrática. La sociedad abierta, contra lo que ellos creen, se dice de varias maneras, y no sólo de la liberal, y entiendo aquí por concepción liberal la que se apoya en el individualismo posesivo y en la sociedad de clases. Porque el otro liberalismo, el de los principios de la tolerancia y los derechos civiles, incluso el derecho a la intimidad, está ya incorporado plenamente en la utopía de los socialistas como elemento esencial que es de una concepción civilizada de la convivencia. Parece claro, apenas discutible, que una sociedad abierta, igualitaria y democrática, es muy superior a una sociedad políticamente abierta (pluralista) pero basada en la desigualdad y en la clase. (La única manera de refutar este aserto es probar la completa imposibilidad de la primera.) Al liberal tradicional le irrita que el socialista posea y afirme una visión de la sociedad abierta que es alternativa a la suya, y además que implique su superioridad moral. Ante esta situación suele optar por declarar nefasta la utopía socialista, a la que define como horma artificial a la que jamás podrán adaptarse los seres humanos sin perder su libertad. Los desmanes del *socialismo* burocrático de Estado, por ejemplo, tal como se practica en los confines del imperio ruso, le proveen de toda la munición que cree necesitar. Pero eso es como acusar a San Mateo Evangelista de haber inspirado el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. No lo es, en cambio, como hacer responsables a los liberales de la sociedad de clases, porque el individualismo posesivo es su doctrina propia, reconocida e irrenunciable.

Las críticas liberales, además, significan una desvirtuación injustificable de la visión de la Vida Buena de los socialistas, y no porque sean socialistas, sino porque contradicen el principio liberal del derecho de cada cual a poseer una imagen general del futuro, un ideal —si se me permite el uso de la romántica, desprestigiada expresión— por el que combatir. De nuevo hace el empirismo estragos y el sentido común del buen burgués cobra sus víctimas en nombre del cauto escepticismo que siempre es señal de buen tono.

Pero no quiero seguir moviéndome en el terreno estricto de mi definición y de la defensa de su legitimidad, sino en el de las posibilidades prácticas de ese socialismo, que son las que aquí quiero explorar un poco.

### *La incertidumbre histórica del socialismo*

Si el socialismo fuera, de una manera absoluta, una posibilidad real, no tendríamos que preocuparnos. Según el Principio de Plenitud «no existe posibilidad genuina alguna que para siempre permanezca irrealizada». Pero el socialismo, contra lo que creen algunos de sus creyentes, para quienes han de parirlo las leyes de la historia, es esencial y trágicamente problemático. Toda una tradición —que ha venido a ser irónicamente llamada del *socialismo científico*— se acostó con letargia sobre el lecho confortable de las leyes de la historia a la espera de que el capitalismo, por sí solo, se fuera convirtiendo en socialismo. Esa vieja tradición, que arranca del propio Engels, es ahora muy antigua, aunque no acaba de desacreditarse del todo pues es muy cómoda y explica cualquier revés en la lucha por el socialismo. Pero es una tradición peligrosa. Todo lo justifica. Regímenes hay —abundan entre los países ex coloniales— que practican el capitalismo de Estado y lo predicán, apoyándose en el aforismo de Lenin de que tal capitalismo es «la antesala del socialismo», aforismo que carece de la más elemental confirmación empírica.

En varios casos conocidos esta peregrina antesala ha servido para la consolidación de una burguesía burocrática de Estado pero no para la transición al socialismo. De todo ello se sigue que la cuestión de la inevitabilidad de la utopía socialista deba estudiarse con mucha parsimonia y sana desconfianza.

El primer paso en esta dirección consiste en no dar por supuesto el advenimiento del socialismo. No existe ninguna ley demostrable en la evolución histórica que conduzca hacia él. Existe solamente una voluntad, un anhelo colectivo sentido en ciertos ámbitos sociales con singular persistencia, y que conviene distinguir cuidadosamente de ciertas tendencias percibibles de evolución hacia la *nacionalización*, la *socialización* o la *estatización* de las empresas. Presuponer el socialismo es conocer olímpicamente un porvenir incognoscible, que a lo sumo es sólo escrutable. Es caer en aquella ingenua secuencia de los modos de producción —feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo— cuya falaz naturaleza debería ser ya evidente a todos. Ciertamente es que en un número limitado de países el capitalismo surgió del feudalismo; pero, ¿qué misteriosa regla histórica nos indica que de éste salga, como consecuencia natural evolutiva, el socialismo?

No ignoro que existe una literatura, cada vez más venerable, y tan conocida que me resisto a citarla, que explica cómo las tendencias innatas al capitalismo —modo industrial de producción, disminución de beneficios, monopolios y oligopolios, crisis cíclicas— han de conducir, por una u otra vía, al socialismo. Lo grave de esta literatura, tanto la dedicada a la explicación catastrofista del capitalismo como la dedicada a la evolutiva, es que no ha conseguido ser convincente. Las tendencias en cuestión han conducido hasta ahora a la estatificación, burocratización y manipulación colectiva en unos casos, y al desarrollo del Estado «benefactor» en otros, pero no a un avance del proyecto de libertad comunitaria que llamamos socialismo.

Al margen de estas teorías, a las que a veces no se les puede negar el ingenio, nos encontramos con esfuerzos históricos muy considerables hacia el socialismo. Algunos han dado resultados harto alarmantes, como es el caso de la degradación del bolchevismo en stalinismo mediante la puesta en práctica del leninismo. A no dudarlo, las intenciones de

Lenin iban genuinamente orientadas en favor del socialismo, pero los resultados (para él inesperados) son cosas diferentes. El estudio de las raíces leninistas del stalinismo nos hace apercebir el terrible alcance de esa conocida servidumbre a que está sometida la acción humana: la de producir resultados distintos a los no queridos en un principio. Otros esfuerzos, como la reforma socialdemócrata del capitalismo, han sido menos dañinos en lo que respecta a los derechos civiles y a la mitigación de las aristas más hirientes del capitalismo clásico, pero son decepcionantes en tanto la socialdemocracia se ha atendido a la gerencia eficaz del capitalismo avanzado, es decir, a asegurar su supervivencia. Otros, en fin, como la creación de cooperativas y comunas, parecen subsistir como minúsculos islotes semisocialistas o cuasisocialistas en un océano hostil de instituciones esencialmente distintas a ellas.

Estos tres ejemplos pueden entenderse como facetas distintas de un mismo gran fracaso histórico. O pueden ser vistas, por el contrario, como enseñanza de lo que conviene evitar o corregir en el porvenir. En el fondo la decisión de cuál de estas actitudes tomemos depende por entero de la confianza que tengamos en la posibilidad del proyecto socialista como único ideal colectivo noble y racional que aún queda a mano. Ciertamente no puede depender de argumentaciones con quienes no están dispuestos a dialogar —así los defensores del colectivismo burocrático o aquellos que se benefician pingüemente del orden capitalista o quienes ven el mundo como un irreversible e inescapable valle de lágrimas. La primera norma del racionalismo es aceptar los límites de la razón. En última instancia (pero sólo en última instancia) el socialismo es una cuestión de fe.

Quizá el error supremo del socialismo contemporáneo sería, no ya repetir errores preteritos, sino aprender su lección a medias y avanzar hacia el porvenir con ánimo exclusivamente pragmático. El pragmatismo (endémicamente desprestigiado entre varios sectores de la hueste socialista) es, por el contrario, algo sumamente recomendable, pero en estas lides de modificación civilizadora de la vida social sólo tiene sentido si se engarza en una visión lúcida, exigente, realista y general del conjunto de nuestra condición humana en estos tiempos tan graves que corremos.

Lo que quiero decir es lo siguiente: si el socialismo ha de subsistir, por no decir triunfar, en el mundo de hoy tiene que anclarse firmemente en su utopía. Ahora bien, esa utopía no tiene sentido alguno si no se proyecta mediante una redefinición general de nuestras coordenadas (porque el mundo de hoy ya difiere cualitativamente del de la Revolución Industrial capitalista de antaño) y un análisis implacable, nuevo, lleno de frescor, de la situación. No sólo debería haber pasado la época de la irreverencia a los clásicos del socialismo sino que ha empezado ya aquella en que habrá que ignorarlos en gran medida <sup>4</sup>.

La llamada a la reconstrucción de la teoría socialista sobre bases analíticas nuevas (ya que no sobre las de sus anhelos e ideales de libertad, igualdad y civilización, que son los mismos) surge rigurosamente de la mudanza de nuestro mundo, y no de un hartazgo con las explicaciones recibidas. Es una llamada que tiene muy buenas razones. Una de ellas es la del agotamiento, empíricamente comprobable, de buena parte de la teoría tradicional socialista. A lo sumo ésta se ha hecho solamente operativa en parte. Así, ¿cómo será posible entender la riqueza creada por la plusvalía del trabajo humano en la edad de la microelectrónica? ¿Cómo seguir unidos a las doctrinas clásicas de la lucha de clases en la era de la mediatización corporativa de los intereses colectivos? ¿Cómo habremos de entender el Estado en plena crisis de la sociedad civil y reestructuración de la política? ¿Hasta cuándo continuarán los exégetas del marxismo *poniendo al día* las doctrinas de sus distantes mentores cada vez que alguna aportación señalada en el campo de la antropología, o de la lingüística, o de la economía, hace su aparición sobre las crestas del hori-

zonte? ¿No sería mejor que sus esfuerzos se encaminaran hacia derroteros menos dependientes de las fórmulas paleosocialistas?

Otra buena razón para que el socialismo haga ya borrón y cuenta nueva es precisamente el agravamiento de las incertidumbres históricas a las que aludía poco ha. En el pasado el socialismo se apoyaba en una confianza en el desarrollo del futuro. Esa confianza atañía hasta a quienes no caían en las simplezas deterministas que reducían el curso histórico del capitalismo a unas cuantas leyes de catecismo. Era una confianza enraizada en la fe en el proceso y en la extrapolación de tendencias palpables de la vida de entonces, tales como la acumulación capitalista, la belicosidad del proletariado, o la actitud oscurantista y defensiva de las clases dominantes. Pero ahora, y en muchos lugares, las clases dominantes son otras, el proletariado de antaño se ha transformado, han surgido nuevas clases, instituciones y modos de orden social. Y, sobre todo, no hay prueba alguna que el progreso de la raza humana sea ineluctable.

### *Las tendencias antisocialistas del mundo moderno*

Todo análisis de las posibilidades futuras del socialismo debe sopesar las fuerzas que contra él militan. Esta tarea es más urgente aún que la de identificar aquéllas que trabajan en su favor.

Las tendencias antisocialistas de la sociedad moderna son precisamente aquéllas que el pensamiento antisocialista define con frecuencia como más favorables a él. En efecto, los ideólogos del capitalismo avanzado (y en otros sentidos los del liberalismo competitivo e individualista, que no son siempre los mismos) identifican toda nacionalización de la industria según criterios de dirigismo estatal, toda expresión de la burocracia pública y toda intervención política para la redistribución de la riqueza o la protección de las clases subordinadas como procesos de acercamiento al socialismo. De igual modo, según ellos, el colectivismo burocrático de Estado (tal como se practica en la Unión Soviética y en muchos otros países) es el ejemplo supremo del avance hacia el socialismo. En eso coinciden del todo con la doctrina oficial que en ellos se proclama. De modo más sutil, coinciden también con aquellos críticos anticapitalistas que ven en todos estos fenómenos otros tantos heraldos de un porvenir socialista. Hay, pues, consenso a diestro y siniestro, con las consabidas excepciones.

Un mínimo de coherencia con mi definición del socialismo, sin embargo, da como resultado inmediato un análisis diametralmente opuesto de la situación. Si el socialismo consiste en una producción comunitaria de bienes en el marco de la libertad, parece evidente que la marcha de los asuntos humanos hoy no va unívocamente en esa dirección. No es éste el lugar para un análisis pormenorizado de sus líneas generales evolutivas, entre otras cosas para no repetir lo que he expresado en otros sitios. Sí lo sea, quizá, para indicar muy en escorzo los marcos principales en que desarrollan las tendencias antisocialistas. Son, simplificando, tres: el de la soberanía burocrática colectivista, el del corporativismo capitalista y el de los despotismos periféricos. Para aligerar mi examen empezaré por descartar, de buen principio, el caso de las dictaduras o tiranías que suelen aparecer en la zona periférica del sistema económico mundial —obvia y agresivamente antisocialista— para hacer algunas observaciones sobre las otras dos, cuya infraestructura tecnológica y nivel de conocimientos les confiere especial significación. (El hecho de que algunos despotismos periféricos se atribuyan carácter *democrático*, *socialista* u otros de igual índole legitimador carece de importancia. Tampoco ignoro las variedades que entre ellos cabe distinguir, pues van desde los dominados por una burocracia capitalista

de Estado, con tolerancia selectiva de la propiedad privada hasta las tiranías tradicionales más arbitrarias, personalizadas o tribales.)

A) *La soberanía burocrática colectivista.* Una de las barreras más serias contra el socialismo es la erigida en aquellas sociedades dominadas por un vasto funcionariado político-tecnocrático dedicado a la administración y gerencia de la vida social según el principio del monopolio estatal de la mayor parte (o de la casi totalidad) de las actividades importantes para el orden social general. Estas sociedades —que suelen llevar el nombre oficial de *socialistas*— concentran la soberanía, el poder y la autoridad en un partido político único, altamente jerarquizado y burocratizado. La soberanía burocrática y de partido <sup>5</sup> es colectivista en el doble sentido de que es hostil al individualismo y a la existencia de una sociedad civil relativamente autónoma. Es una sociedad de clase en la que la aprobación del excedente económico consumible pasa a la clase burocrática, esencialmente formada por el partido. Sólo en un sentido muy circunscrito puede clasificarse de sociedad capitalista de Estado, pues no sólo el mercado interno sufre fortísima intervención estatal, sino que la noción esencial a todo capitalismo, la de maximización de los beneficios tras la inversión de capital, queda en cuestión. Contra lo que opina un buen número de críticos de izquierda (por ejemplo, los que definen a Rusia como sociedad caracterizada por el capitalismo de Estado <sup>6</sup>), lo importante en los Estados en los cuales la soberanía reside en el partido es la maximización del poder. Así la apropiación de recursos y beneficios masivos para la fabricación de armamentos en detrimento de bienes populares de consumo no halla paralelo en la dinámica capitalista burguesa.

La incompatibilidad congénita del burocratismo colectivista con el socialismo proviene, en parte, de la estructura interna del poder, vinculada a su autoregulación mediante la vigilancia de la red funcional. Los funcionarios, sobre todo los estratos formados por los altos funcionarios, se seleccionan según el conocido principio de la *nomenclatura* (el monopolio que se arroga el partido único en cuanto a todo nombramiento del personal gerencial, político, técnico o administrativo). Ahora bien, sin mecanismos adicionales existe siempre la posibilidad de que el partido actúe según criterios autónomos con respecto a los del gobierno o los centros supremos del poder. La solución hallada por Stalin a este problema —*qui custodiet ipsos custodes?*— consiste en dar poderes especiales a la policía secreta sobre el propio partido. Este refinamiento de la guardia platónica— tal como aparece en *Las Leyes* no está exenta de originalidad pues para Platón la vigilancia y espionaje se había de realizar sobre el pueblo, mientras que aquí se realiza también, y muy en especial, sobre sus custodios. Como éstos son quienes, según la ideología oficial, deben inspirar la construcción del socialismo, parece obvio que ésta, si es que alguna vez ha de ocurrir, deberá tener sus raíces fuera del aparato burocrático y en el seno de estratos y comunidades externas. Ha habido algún conato significativo de reforma interna del partido monopolista hacia el socialismo —notablemente en el caso de Checoslovaquia en 1968 y de Polonia a partir de 1980— que me obligaría a cualificar algo esta afirmación <sup>7</sup>. Pero un análisis detallado puede revelar en esos y otros casos cierta respuesta del aparato tecnoburocrático a presiones provenientes de sus clases subordinadas, amén de la pervivencia de tradiciones democráticas en el conjunto de la sociedad. Algo parecido puede decirse de los intentos de fidelidad al socialismo en el seno de aquellos partidos de carácter tecnoburocrático que se ven obligados a medrar en el marco de politeyas capitalistas parlamentarias, bajo la presión constante del constitucionalismo y de los combates electorales.

Otra fuente de incompatibilidad entre el burocratismo colectivista y el socialismo es su modo de producción y de apropiación del excedente, al que he aludido más arriba. Podría éste ser descrito como modo tecnoburocrático de producción, siempre que se acepten rasgos comunes con otros modos de producción, aparte de aquellos que le son peculiares. Con el socialismo, el modo tecnoburocrático tiene en común la desaparición

de la propiedad privada de los medios de producción, pero no así los criterios de apropiación de los bienes excedentes, ni tampoco la desigualdad de clase y la consolidación política e ideológica del privilegio<sup>8</sup>.

B) *El corporativismo capitalista*. Salvo para quienes las leyes de la evolución interna del capitalismo conducen irremisiblemente al socialismo —y ya hemos visto que no es ese el caso, según el criterio aquí suscrito— la relación entre capitalismo y socialismo debe ser entendida como antagónica. Ello no entraña que ciertas crisis, fisuras y contradicciones internas del orden capitalista no permitan situaciones que, aprovechadas por las fuerzas socialistas, fomenten su avance. Al contrario, este segundo aspecto de la cuestión es parte esencial de la situación.

El fenómeno del corporativismo capitalista es vasto, complejo y sujeto al intenso debate. Sin entrar ahora en este último podemos distinguir dos facetas del mismo. La primera es la progresiva corporativización global de las sociedades capitalistas avanzadas. La segunda es la consolidación del intervencionismo gubernamental como árbitro entre empresarios, por un lado, y sindicatos por otro. Estas facetas son inseparables porque los empresarios están vinculados a las grandes compañías nacionales y transnacionales y a sus intereses corporativos, y los sindicatos están formados por representantes profesionales que administran los supuestos intereses de las clases subordinadas, a menudo en vinculación directa —y con referencia, también subordinada— a los partidos reformistas. Es evidente que este conjunto de fuerzas está lleno de ambivalencia como, por ejemplo, la que dimana de la posición de las jerarquías sindicales. Estas podrán estar sujetas a las exigencias de la *ley de hierro de la oligarquía*, pero bajo condiciones *normales* deben responder y satisfacer mínimamente las exigencias democráticas e igualitarias de sus representados. Naturalmente, la presencia muy fuerte de exigencias anti-igualitarias entre la base sindical (demanda de mantenimiento de los diferenciales salariales entre diversas ramas, y dentro de cada rama según la ocupación) es un contrapeso muy fuerte contra estas tendencias igualitarias. La existencia de sindicatos *aristocratizantes* (de empleados, técnicos y profesionales) complica aún más la situación.

A menudo el socialismo que preconizan las fuerzas sindicales, socialdemócratas y reformistas aboga por la nacionalización (es decir, por la estatización) de las empresas y por el reforzamiento del poder gerencial y técnico. El riesgo de esta presión, cuando no va acompañada de una exigencia vigorosa de democratización de la estructura interna del poder empresarial, es que fomente el desarrollo del modo tecnocrático de producción, esta vez en el seno del corporativismo capitalista. En este último ámbito, la tecnoburocracia ocurriría en un marco político poliárquico o relativamente pluralista. Naturalmente, y volviendo a la importante cuestión de la ambivalencia de los movimientos socialistas o socializantes, estas fuerzas preconizan también mayor equidad en la distribución regional y de clase de los recursos educativos, sanitarios, de vivienda y demás, y una reducción de la discriminación individual y del estigma que margina a las minorías étnicas: en contraste con ello, sus esfuerzos por propagar la autogestión, la autonomía gestora de los estratos subordinados, y por poner en tela de juicio la legitimidad del poder despótico o arbitrario de las diversas élites decisorias son muy débiles cuando no inexistentes. Las raíces de este reformismo que elude ir al fondo del asunto deben buscarse en un gran acuerdo histórico al que se llegó penosamente, y en virtud del cual los empresarios y sus aliados hicieron concesiones importantes en materia salarial y de condiciones de trabajo, a cambio de que sus subordinados aceptaran su incuestionado monopolio sobre el mando de las empresas<sup>9</sup>.

He aquí el verdadero compromiso histórico. Este compromiso —que éste sí merece el nombre de histórico en el sentido de que ha marcado estructuralmente la marcha de los

asuntos sociales durante una larga y decisiva época— fue tomando cuerpo en las fases en que el capitalismo alcanzaba su zénit. Hoy constituye una base sólida y apenas combatida de la estructura de nuestro mundo colectivo.

Naturalmente, es menester cualificar este aserto un tanto: así, no cabe duda que sin la ya muy larga lucha de las fuerzas reformistas el mundo en que vivimos sería mucho más inhumano. La noción reaccionaria de que el bienestar alcanzado por muchos se debe sólo a la abundancia creada por el capitalismo industrial no es errónea por ser reaccionaria, sino por carecer de base empírica<sup>10</sup>. Pero tampoco es esa la cuestión. No hay nada más equivocado que confundir los avances del nivel de vida o los progresos en la escolarización, la vivienda y la sanidad con el socialismo. Es éste, sobre todo, un modo de vida, una cultura, que puede florecer tanto en la austeridad como en la abundancia.

### *El progreso de la conciencia social y la indigencia cultural del socialismo*

Junto a estas tendencias antisocialistas que se van desarrollando en el mundo moderno, es posible señalar ciertas contracorrientes, generadas por él mismo y que, en principio, deberían robustecer, en teoría, el progreso del movimiento socialista. Desdichadamente, el socialismo tradicional, presa de sus hábitos, atado a su compromiso histórico con la burguesía (privada, pública o de Estado), temeroso de perder posiciones en el avance general hacia la tecnoburocracia y el corporativismo, no suele mostrar el arrojo con que en otro momento había asaltado los bastiones de la vieja sociedad. Lo más genuinamente socialista de nuestro momento histórico queda fuera, con harta frecuencia, del socialismo oficial. Mientras que la conciencia social sigue avanzando en varios frentes, muchos de quienes se llaman a sí mismos socialistas a menudo ignoran ese progreso —aumentando así su marginación y coadyuvando a su derrota— o lo aceptan con lentitud y reservas. Me explicaré<sup>11</sup>.

Históricamente, el socialismo brotó como movimiento político encaminado a la solución igualitaria de las contradicciones económicas de la civilización burguesa, pero su alcance era mucho más vasto, pues se apoyaba en una manera específica de entender la naturaleza humana y sus capacidades creadoras universales. (El optimismo histórico y antropológico del socialismo sólo halla parangón en el del liberalismo primigenio, pero en contraste con este último la teoría socialista no sabría acomodarse, es decir, renunciar a sus principios sin dejar de existir; he ahí la fuente de su malestar radical.)

Por toda una serie de razones y acontecimiento históricos el movimiento socialista fue concentrando todas sus energías sobre dos frentes distintos: por un lado tenía que habérselas con los problemas concretos de la gestión económica y política, a veces desde el mismo gobierno, aunque más a menudo en la oposición; por otro, entraba en liza con toda clase de enemigos, que iban desde el fascismo al stalinismo, pasando por las sólidas derechas hegemónicas y parlamentarias de tantos países. Estas luchas continuas, hoy tan vivas como lo fueran antaño, siguen cobrando sus víctimas entre las filas socialistas.

Una de las más importantes ha sido, sin duda, la dimensión utópica y cultural original del proyecto socialista. Algunos de los ideales iniciales —ya bien formulados en la era premarxista— continúan aún siendo mentados en alguno de los manifiestos programáticos. Mas ciertos de entre ellos, como el principio autogestionario, esencial para todo socialismo mínimamente coherente, tienden a volatilizarse por arte de magia en cuanto se profesionalizan las clases dirigentes socialistas y se oligarquizan sus cuadros. Por otra

parte, éstos ideales iniciales retienen una considerable vaguedad en cuanto a su urgencia y ejecución, lo cual los cobija de peligrosos enfrentamientos con las realidades cotidianas. En gran medida, la razón de esta situación lamentable proviene de la incapacidad de los socialistas por iniciar por sí mismos —enzarzados como están en las luchas políticas a las que he aludido— las soluciones nuevas que exigen los problemas de nuestro tiempo.

Lo más grave es que, muy a menudo, ni siquiera saben detectar la existencia de esos problemas y mucho menos de sus soluciones. Daré algunos ejemplos incontrovertibles. No es posible negar que ciertos movimientos de liberación son característicos de la cultura de nuestra época y que hasta puede decirse que le han dado una cualidad distintiva. Son movimientos como el ecologista, el feminista, el antinuclear, el comunitario, y algunos otros, todos nacidos de los años 60 y 70. Pues bien, ninguno de ellos nació en el seno de los grandes partidos y sindicatos socialistas o comunistas. Aunque sea posible relacionarlos con ciertas corrientes socialistas filosóficas anteriores, críticas del capitalismo —como, por ejemplo, la representada por la Escuela de Frankfurt— es innegable que su origen y formulación ha sido externa al socialismo como movimiento institucionalizado. Las fuertes resistencias de las direcciones de este movimiento contra toda innovación cultural intrépida quedan bien claras cuando nos apercebimos que estas corrientes progresistas han sido asumidas sin ambages y al principio sólo por las alas disidentes o semidisidentes de los mismos partidos en cuestión aparte, claro está, de quienes militan en su favor sin estar encuadrados en esos partidos.

Los años venideros verán el nacimiento y toma de conciencia de otras reivindicaciones y exigencias de liberación. No todo acaba con el feminismo, los anhelos de autogobierno de las minorías nacionales, las exigencias de igualdad racial. ¿Qué dice la teoría socialista de la revolución técnica de los microprocesadores y de la informática? ¿Cómo se plantean los socialistas la cuestión de los límites materiales y sociales del desarrollo? ¿Qué planes concretos de desburocratización y de desgreñación existen? ¿Cuándo se enfrentarán los socialistas con los fenómenos religiosos y del sentido trascendente de la vida sin intentar nebulosos sincretismos entre la escatología marxista y el cristianismo? ¿Cuándo surgirá un debate mínimo, desde el socialismo, sobre el peligro totalitario que quizá aceche en la organización socialista misma? ¿Cuál es la teoría económica socialista de los costos de la puesta en vigor de los programas de socialización? Podría continuar, naturalmente, y alargar la lista de preguntas incómodas.

Es seguro que, inquietamente, muchos socialistas se plantean hoy ya esas preguntas e intentan resolverlas sin caer en el nihilismo y el desencanto que azotan hoy a la izquierda, para tranquilidad de la derecha y alegría de aquellos funcionarios y profesionales de los partidos reformistas para quienes estos movimientos de renovación carecen de respetabilidad y parecen demasiado desordenados, anarquizantes y poco realistas.

Pero no hay alternativa: o el socialismo supera su presente indigencia imaginativa y cultural, haciendo suyos con vigor y determinación estos movimientos y los problemas sobre los que han surgido, o su historia, como tal, está ya a punto de acabarse. Es más, no sólo con ello basta: un socialismo pacifista, feminista, descentralizador, igualitario, comunitario, sería infinitamente mejor pero no suficiente. El socialismo, para que tenga algún porvenir viable, tiene que adelantarse, además, a todo ello, tiene que contestar a los problemas del presente y del futuro apenas formulados hoy por sus representantes.

## *El futuro del socialismo.*

El alibí de los socialistas militantes ante críticas como éstas es muy firme: su trabajo diario en las luchas electorales, en las administraciones estatales o locales, en la prensa, en el frente sindical, es absorbente, legitimador y les exonera plenamente de toda otra preocupación. Las exigencias de los combates políticos por un salario más elevado, por una moneda menos débil frente a la inflación, por un mayor empleo de la mano de obra, no permiten la incursión del discurso utópico en ese mundo de apremios concretos. Quizá lleven razón, mas en ese caso ese discurso quedará condenado a vegetar en unos pocos cenáculos de especuladores ociosos y en los rincones ineficientes de revistas efímeras, para pasar luego a peor vida. Pero si no la llevan, el precio será muy alto, pues incluye la supervivencia misma del socialismo al que sirven.

De hecho el abandono o relegación de la utopía socialista en favor de la practicalidad y el realismo político posee una notable historia doctrinal, y hasta cuenta con sus clásicos. Para éstos, las grandes líneas del pensamiento socialista alcanzaron su forma más cabal en tiempos remotos —quizá entre Saint-Simon y Marx o, si se quiere, entre Platón y Kautsky— y la tarea hoy consiste en la lucha concreta, civilizada, democrática y parlamentaria. Nada hay que objetar contra este excelente triunfo del sentido común en sí, dadas las circunstancias generales en que nos movemos por estas partes del mundo. Mi objeción modesta, sin embargo, es que el socialismo no tiene futuro alguno si se limita solamente a estas tareas sin engarzarlas activamente con sus raíces utópicas así como con sus raíces racionalistas y críticas.

La historia reciente y contemporánea nos muestra qué le ocurre al movimiento socialista en cuanto se sume en la mera practicalidad. Basta un solo ejemplo. Los teóricos socialistas de la practicalidad —que florecieron en la postguerra, de 1945 en adelante— basaron su interpretación en el expansionismo neokeynesiano, en la prosperidad del largo ciclo económico expansivo del momento y la introducción de una mayor progresividad en los impuestos sobre la riqueza privada, es decir, sobre el capitalismo<sup>12</sup>. La idea era que la prosperidad capitalista podía financiar, aunque fuese inflacionariamente, los costos de la reforma social, evitándose así los sufrimientos de la revolución. Mientras duró la fase expansiva —es decir, hasta 1973— nadie pudo poner en tela de juicio estas concepciones dentro de este campo doctrinal. La formación de un sistema económico mundial, los intentos de ruptura por parte de varios Estados excoloniales, las primeras alianzas *tercermundistas* por un mayor control de los precios de sus recursos naturales, anunciaban un mundo muy diferente, pero en general éste no era vislumbrado por los socialistas de los países ricos e industrializados. Hoy estamos ante la bancarrota del keynesianismo socializante, con todo su realismo y espíritu práctico. Lo que de él queda es un socialismo a la defensiva, capaz de algunas brillantes victorias electorales que no hay que desdeñar, pero en el fondo tan perplejo como cualquier otra concepción del mundo ante las grandes mudanzas en las que nos movemos, es decir, obligando a ir poniendo remedios e incapaz de imponer su proyecto y a cautivar las mentes de los no profesionales de la política. No es, pues, ése el camino.

La pervivencia futura del socialismo —o, lo que es lo mismo, volviendo a la acepción dinámica de mi definición, del socialismo como movimiento— dependerá, suponiendo que no se interponga un cataclismo nuclear, de su capacidad de hacer suyas ciertas tendencias liberadoras de nuestro mundo. Entre éstas descuellan, a mi juicio, tres: los movimientos sociales de emancipación, los núcleos socialistas en desarrollo, y los procesos de democracia participativa. Estas tendencias —que merecen alguna puntualización— deben ser integradas simultáneamente en el socialismo para que pueda triunfar la difícil empresa.

1. La asimilación en el socialismo de los movimientos de liberación a los que me he referido más arriba no necesita mayor abundamiento. El grado en que el socialismo los haga suyos nos dará la medida de su vitalidad y creatividad. Naturalmente, no propongo que esa asimilación sea indiscriminada, como si fuera fruto de una vana ansiedad por estar al día y no perder la marcha de lo nuevo. Al contrario, debe ser una asimilación crítica por encima de todo que sepa integrarlos en marcos más complejos. Una de las limitaciones más graves de esos movimientos casi sin excepción —el ecologista, el feminista, el pacifista, el comunal— es su unilateralidad, su obsesión con una franja de la realidad. De ahí su frecuente degradación en sectas centradas sobre sí mismas, en paralizante inoperancia global. De ahí la simpleza e ingenuidad de alguna de sus fórmulas. Sólo un movimiento con la amplitud y, en este caso, la solera del socialismo puede proporcionarles un marco adecuado, totalizador, y revitalizarlas. revitalizándose a sí mismo.

2. Los núcleos socialistas en desarrollo varían mucho. Van desde las comunas hasta las empresas cooperativas. Y dentro de cada categoría de núcleo socialista y socializante hay considerables variedades también. Varios de ellos son socialistas sólo en apariencia, y es lógico que a ellos no me refiera. Por otra parte, se han levantado serias objeciones contra ellos, que conviene rebatir. Una, realmente miope, es que constituyen islotes muy pequeños, negligibles y que, por lo tanto, no afectan al conjunto del movimiento socialista. Volvemos al mortífero sentido común. Todos los movimientos importantes que en el mundo han sido, tuvieron sus comienzos en reducidas y árdidas circunstancias, y el comunal y cooperativo no son excepciones. Su desdén e ignorancia por parte del socialismo tienen un precio: que éste deje de tener el más mínimo interés. Otra objeción, analíticamente más seria, es el de su forzada integración en el mundo externo: las cooperativas, por ejemplo, funcionan en el seno del modo capitalista de producción y están condenadas, por tanto, a ser capitalistas o a perecer. Este argumento suele ser esgrimido por la izquierda fundamentalista con harta frecuencia, obsesionada como está por la revolución. Lo que esta manera de ver las cosas no entiende es que la naturaleza del capitalismo permite diversos modos de empresa, y que su estructura interna no depende del todo de la externa<sup>13</sup>. Si ello no fuera así, el capitalismo sería un orden que se perpetuaría *per in saecula*, cosa que va contra todo lo poco que sabemos de la historia. Además, dicho sea de paso, los marxistas que sostienen estas nociones anticooperativistas muestran con ello un cierto analfabetismo marxista. Su mentor especuló ampliamente sobre las semillas anticapitalistas sembradas por el propio capitalismo y sobre el surgimiento, en su propio seno, de núcleos protosocialistas. Lo mismo hizo uno de sus seguidores, Gramsci. Lo que está claro es que un gran partido socialista que no fomente el desarrollo de centros autogestionados —factorías, comunas, escuelas, instituciones administrativas y políticas— con igual vigor que el de sus esfuerzos por conseguir victorias en las urnas será un partido pobre de espíritu y pobre en socialismo.

3. Como se sabe, los grandes movimientos socialistas no están libres de los peligros de la burocratización, la profesionalización política y la oligarquización de sus direcciones. En contraste con esto, los ideales que dice servir pivotan sobre una concepción intensamente participativa de la política. No es, por definición, una participación populista —que delega el poder en manos de demagogos— sino una participación activa popular a través de la propia comunidad de trabajo, vivienda, afición o localidad. Por lo tanto, esa participación no se limita a lo que suele llamarse «democracia industrial», sino que se extiende a toda la vida social en su conjunto. Y para que ésta surja no basta un cambio drástico en la infraestructura económica y de la propiedad, sino que hace falta también una permanente educación moral y cívica de la ciudadanía. Ambas cosas tampoco serán suficientes si los ciudadanos, empeñados como están en la lucha diaria por el pan y por resolver sus preocupaciones personales, no sienten que sus decisiones colectivas producen resultados tangibles. No vale entonces acusarlos de desencanto: los socialistas deben asumir la responsabilidad del desencanto de sus conciudadanos y no referir-

lo siempre a extrañas fatalidades con las que nada tiene que ver. Por otra parte, es evidente que la politización de la ciudadanía entraña una paralela despolitización de la clase política profesionalizada. Pero si mal no recuerdo, eso era precisamente de lo que se trataba.

Estas reflexiones sobre las perspectivas futuras del socialismo dejan mucho que desear. Por un lado, dada la brevedad de la empresa, he dejado de lado problemas serios con los cuales todo estudio de la cuestión debe enfrentarse, como son, por ejemplo, el de la financiación del proyecto socialista y el del allanamiento de las resistencias sociales ante su puesta en vigor. Por otro, dadas las dificultades endógenas y exógenas con que topa el socialismo a cada paso, es muy posible que estén faltas de mayor realismo, piadosa palabra que es sinónimo de escepticismo y hasta de pesimismo. El tiempo juzgará.

---

<sup>1</sup> Este ensayo engarza directamente con mi estudio sobre «La estructura social de la libertad», en *Revista española de investigaciones sociológicas*, núm. 11, julio-septiembre, 1980, pp. 7-27, basado en una conferencia pronunciada en la Universidad Internacional de Santander, julio de 1980.

<sup>2</sup> Para una refutación de las objeciones liberales a la utopía socialista, véase Barbara Coodwin, «Utopia Defended against the Liberals», en *Political Studies*, vol. XXVIII, núm. 3, septiembre, 1980, pp. 384-400.

<sup>3</sup> Para estas opiniones de J. A. Schumpeter, cf. su *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres: Unwin, 1965, pp. 167-171. Las expresiones en mayúsculas son de ese autor.

Naturalmente, no ignoro que un número notable de socialistas consideran que los valores de la libertad son inseparables de su interpretación burguesa. Para ellos —sobre todo para muchos marxistas— el triunfo de su utopía será también el de una civilización en la que lo comunitario y lo colectivista no necesiten de la visión de la libertad que hemos heredado de las revoluciones constitucionalistas. Robert Heilbroner, por ejemplo, duda que la civilización socialista del futuro esté más interesada en la libertad que lo que estuvo la civilización burguesa en la piedad de sus predecesores. (*New York Review of Books*, Cartas, 18 de diciembre, 1980.) En este caso, naturalmente, parece aconsejable evitar el socialismo. Creer que la libertad, y otros valores perennes del hombre, pueden relativizarse como subproductos de momentos históricos es eliminar lo universal de nuestras conciencias.

Esto no es negar que ciertas circunstancias históricas no sean más o menos favorables, según los casos, a esos valores universales (véase respuesta de Peter Singer a Heilbroner, *ibid*).

<sup>4</sup> Este párrafo contiene un leve elemento metafórico. Evidentemente, en plena época de la interminable exégesis escolástica de los clásicos del socialismo no es fácil anunciar que ya ha acabado la reverencia por ellos. Ni tampoco uso el término *irreverencia* en un sentido literal. Como he puesto de relieve en otros lugares la única garantía de creatividad futura proviene de un cultivo asiduo de la tradición teórica.

<sup>5</sup> Esta caracterización debe bastante a María Hirszowicz en su *The Bureaucratic Leviathan: A Study in the Sociology of Communism* (Oxford: Martin Robertson, 1980) en el que habla de «soberanía burocrática». Para la noción de que la soberanía reside en el partido y no en el Estado, cf. S. Giner y M. Pérez Yruela, *La Sociedad Corporativa*, Madrid: C.I.S., 1979, pp. 101-102.

<sup>6</sup> Por ejemplo, Tony Cliff: *Russia, A Marxist Analysis*, Londres: Socialist Review Publications, 1964.

<sup>7</sup> Sobre intentos de establecer el socialismo o, mejor dicho, la democracia necesariamente previa a él, en el marco de «la máquina del imperio» soviético, véase F. Claudín «Polonia, el tercer intento» en *Leviatán*, núm. 3 (II Epoca), Primavera 1981, pp. 5-25.

<sup>8</sup> Para una caracterización del modo tecnoburocrático de producción y su distinción precisa con el modo asiático, el capitalista y el socialista, véase L. C. Bresser Pereira «Notes d'introduction au mode de production technobureaucratique», en *L'homme et la société*, enero-diciembre, 1980 (núms. 55 a 58), pp. 61—92. El modo tecnoburocrático se asemeja al «modo corporativo de producción» tal como hemos expuesto M. Pérez Yruela y yo mismo (*op. cit.*) aunque bajo condiciones de corporativismo monopolista. Nótese que sería temerario afirmar, en pleno capitalismo, la completa consolidación de este incipiente orden económico. Sólo el porvenir podrá indicar si llega a cuajar.

<sup>9</sup> C. Crouch: *The Politics of Industrial Relations*, Manchester University Press, 1979, p. 4.

<sup>10</sup> C. Hewitt: «The Effect of Political Democracy and Social Democracy on Equality in Industrial Societies», *American Sociological Review*, vol. 42, núm. 3, pp. 450-463.

<sup>11</sup> Los párrafos que siguen reproducen, revisados, algunos de los conceptos que vertí en mi artículo. «La indigencia cultural del socialismo», en *L'Hora*, 14-20 enero, 1980, pp. 30-31 (núm. 44).

<sup>12</sup> La expresión teórica más acabada de la socialización del keynesianismo es *The Future of Socialism*, de Anthony Crosland (Londres: Cape).

(\*) Conferencia pronunciada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, julio de 1981.